

Serje, Margarita. 2011. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, CESO, Ediciones Uniandes, 368 pp.

Julietth Narváez Villegas*

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Ciudad de México

¿Cuál es la relación que establece el Estado-nación con los sujetos y territorios que lo componen? ¿Cómo esta relación se encuentra enclavada en las lógicas globales de producción de centros y periferias? Son algunas de las preguntas que guían el libro *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierra de nadie*, de Margarita Serje (2011). Esta obra surge de su investigación doctoral en antropología social y etnología, la cual fue dirigida por el notable antropólogo Phillipe Descola, desarrollada en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y culminada en 2003. El libro está compuesto por tres apartados que se titulan: I. *Las vastas y abandonadas regiones nacionales*; II. *La puesta en escena*; y III. *Escenas cotidianas de los confines de la nación*, los cuales conducen a través de un análisis minucioso de hechos concretos, metáforas y símbolos que producen grandes narraciones sobre el territorio, la nación y la cultura.

Este trabajo, definido por la autora como una “etnografía de la producción de un contexto” (2011, 38), es un estudio histórico, sociológico y antropológico de la constitución del Estado colombiano; de la configuración administrativa y cultural de los territorios nacionales, y de algunos de los episodios más recientes de la vida política y social del país. Propone un ejercicio de “desfamiliarización y extrañamiento” (2011, 43), que permita cuestionar las nociones de contexto y diversidad, así como el proyecto —no absolutamente empezado ni absolutamente concluido— de construcción de una identidad nacional.

Las vastas y abandonadas regiones nacionales: el revés dando sentido al envés

En el primer apartado del libro, la autora describe las condiciones geográficas de Colombia y señala que la extensión y ramificación de la cordillera de los Andes ha

* Maestranda en Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Ciudad de México. Psicóloga de la Universidad del Valle. Adscrita al grupo de investigación Universidad y Culturas del Centro de Investigaciones en Psicología, Cognición y Cultura de la Universidad del Valle, Colombia. ✉ villegasjann@gmail.com

■ resultado determinante en la configuración de las regiones en las que se divide el país. La cordillera, que atraviesa de sur a norte el subcontinente suramericano, se convierte, al tocar territorio colombiano, en un nudo montañoso al que suele denominarse macizo, para luego dividirse en tres cadenas montañosas pronunciadas que se despliegan desde el suroccidente del país hacia el norte y el oriente, atravesando significativamente el territorio nacional.

Esta geografía compleja, determinada por diversos y agudos ecosistemas, y las conexiones privilegiadas de las cordilleras dieron lugar a un proceso de poblamiento que, desde el período de la colonización, se consolidó en las zonas centrales de altura media, para favorecer la supervivencia de los colonos, la reproducción de la agricultura y las lógicas culturales provenientes del viejo continente. Desde ese momento, los “territorios salvajes” e inexplorados se convirtieron en los espacios a los que fueron relegados los grupos marginales: indios bravos y negros insubordinados.

Tomando como punto de partida esta descripción, Serje emprende un ejercicio de extrañamiento y desnaturalización, y nos da una primera clave para comprender los llamados “territorios salvajes”: en Colombia, estos no son exclusivamente resultado de las condiciones naturales, sino espacios significados, “objetos de un proceso de mistificación” (2011, 23).

2 ■ Dicho proceso ocurre, de acuerdo con la autora, en tres vías: primero, la elaboración de metáforas que crean un imaginario sobre la periferia —todo aquello que no es el centro, como márgenes, zonas rojas, tierras salvajes, etc.—; segundo, la romantización de esos mismos territorios como escenarios prístinos e incorruptibles y, finalmente, la instauración de una violencia constitutiva en estos espacios que, aparentemente, deben ser controlados por el centro. En este sentido, nos dice Serje, el devenir del Estado-nación colombiano responde a intereses políticos y económicos que poco tienen que ver con una configuración orgánica de los pueblos y sociedades. El proyecto de Estado-nación, plantea, se encuentra inevitablemente ligado a las nociones de raza y progreso propias del sistema-mundo moderno, las cuales instauran estructuras dicotómicas, son productoras de alteridad y se fundan en la distinción entre civilización y salvajismo.

Tanto para la naciente república colombiana del siglo XIX como para los gobiernos actuales, el territorio ha representado un recurso de potencial explotación. En consecuencia, se han desarrollado un conjunto de narrativas que encarnan una visión desordenada y conflictiva de una periferia oscura y decadente, lo que justifica la intervención impetuosa e incluso violenta del Estado. La paradoja, explica Serje, es que la periferia en Colombia parece ser la norma y el centro la excepción, por lo que ha sido el discurso de los territorios salvajes que deben ser intervenidos el que ha dotado de propósito la existencia del centro: el revés que da sentido al envés.

En la construcción de estas narrativas, la elaboración de diagnósticos por parte de las ciencias sociales ha sido de mucha utilidad. La introducción de terminología clínica

y la defensa de una supuesta neutralidad de las ciencias han logrado descontaminar la intervención y hacerla ver como algo necesario. Sumado a esto, la creación de la noción de *contexto* ha consolidado la visión hegemónica del Estado, bloqueando las preguntas por los intereses políticos y económicos que subyacen a su conformación. Diagnosticar y caracterizar los *contextos* se ha convertido en un imperativo de las ciencias sociales y en una demanda en todos los proyectos de investigación e intervención. Pero ¿desde qué criterios se define un contexto?, ¿cómo se establecen los diagnósticos?, y ¿cuáles son los ejes principales en su caracterización?

[...] la noción de *contexto* sólo es posible en el marco de la epistemología moderna, es decir, en el marco de la oposición entre un sujeto y un objeto-mundo real, dispuesto para su contemplación. El contexto es precisamente una noción cuyo poder radica en que permite organizar el objeto-mundo real para ser contemplado, y el hecho de entenderlo como una noción espacial transforma su aprehensión en un ejercicio de visualización. Es decir, en un ejercicio circunscrito y cualificado por categorías visuales y estéticas. El contexto se configura en este sentido, una vez más, como una imagen. (Serje 2011, 64-65)

Para el caso colombiano, esto ha conducido a una lectura tendenciosa de problemas como el narcotráfico, el conflicto armado, la precariedad rural, etc., y a partir de esta se han generado explicaciones basadas en las condiciones “salvajes” de los territorios y en la ausencia de un Estado soberano. En el siguiente apartado, la autora desarrolla con mayor profundidad la manera como ha sido construida la relación centro-periferia, al interior del país, y las repercusiones que esto ha tenido en el funcionamiento efectivo de un proyecto político nacional.

La puesta en escena: mistificación de la América y moralización de los pisos térmicos

El segundo apartado de este libro inicia con un análisis sobre la forma en la que el proceso de colonización, del hoy territorio colombiano, allanó los caminos de la integración-fragmentación nacional, debido a su particular despliegue. Para la autora, la ocupación española, que privilegió las zonas de altura media, clima templado y tierras fértiles —caracterizadas como paraísos— y despreció las pendientes escarpadas, las selvas tumultuosas y los climas tropicales —caracterizándolas como un infierno—, fue un hito para la construcción de la relación centro-periferia al interior del país.

El poblamiento del territorio, por parte de los colonos, que desconoció por completo las lógicas habitacionales y agrícolas de las comunidades originarias, redujo los territorios desconocidos a “selvas vírgenes”, “ingobernables” e incluso “de pocos recursos”; pasó por alto estrategias como los archipiélagos verticales de la Sierra Nevada o las estaciones productivas de las zonas agrestes; limitó las regiones no colonizadas a espacios para la experiencia sensible y la conexión con la naturaleza y, a su vez, las definió como espacios habitados por salvajes.

América se ve, así, representada a través de la imagen femenina de una india, desnuda, exuberante, rodeada de plantas y animales, ante un hombre europeo, vestido, armado de instrumentos científicos y de las banderas de las soberanías imperiales. (2011, 88)

Esta romantización de lo salvaje, por su exuberancia e insumisión, se vio agudizada durante el siglo XIX por el trabajo de Humboldt, quien contribuyó significativamente a la mistificación de América, a través de la invención no solo de los paisajes naturales, sino también de los paisajes culturales de la incipiente república. Humboldt, señala la autora, proporcionó una geografía del país e instauró el imaginario de la superabundancia y la ubicación privilegiada de Colombia, como punto de intersección entre dos subcontinentes, en un momento en el que más del 70 % del territorio era desconocido e inaccesible para las empresas republicanas.

Basada en la premisa, aún vigente, de la influencia de los entornos naturales en el grado evolutivo de las personas que los habitan, dicha caracterización de las regiones alumbró la separación entre centro —altiplanicies dignas de colonos—, y periferia —selvas habitadas por indígenas y pueblos negros—, en una suerte de moralización de los pisos térmicos, sustentada más en la concentración del poder político y productivo, que en la organización propia de los pueblos. Tras la Colonia, el proyecto republicano no transformó el imaginario construido hasta el momento, que separaba el centro de la periferia. En cambio, ante el reto de consolidar un proyecto político nacional que integrara a estos territorios y comunidades “salvajes”, optó por la instauración de una democracia sin zambos, ni mulatos, ni negros, ni indios o cuarterones.

Este largo proceso de fragmentación y distanciamiento de las regiones colombianas hace imposible hablar de la existencia de una identidad nacional unificada o, como señala la autora, de una relación nación-territorio-Estado que funcione como eje articulador de la vida social. La integración nacional, en el caso colombiano, solo ha tenido objetivos económicos, por lo que ha implicado, necesariamente, la exclusión de sectores sometidos a la explotación y, además, ha justificado el fortalecimiento de una economía extractivista. “La Nueva Granada no existió nunca como una entidad política unificada sino como un fragmentado conjunto de regiones autónomas en conflicto” (Munera 1996, citado en Serje 2011, 137).

La jerarquización del espacio y la escisión social del país se han visto agudizadas por la ausencia de mitos fundadores comunes o de grandes narrativas de unidad, que sean orgánicas a los pueblos y a sus dinámicas territoriales. La construcción y administración de las fronteras y demarcaciones regionales ha sido artificial, arbitraria y se ha valido de dos estrategias claramente señaladas por la autora: *proyección*, que se refiere a la construcción de un imaginario vergonzoso, decadente y salvaje de las regiones; y *reversión*, que significa la instauración de una deuda permanente de las regiones con el centro. Este doble movimiento, tan vigente en la relación entre Estado

y nación, no solo ha legitimado la subordinación de las periferias hacia los centros políticos, económicos y administrativos, sino que ha otorgado al centro autoridad para explotar y disponer de los recursos de los márgenes.

Escenas cotidianas de los confines de la nación: la fabricación de los contextos y la tragedia del desarrollo

En el último apartado, la autora ofrece diversos ejemplos que ponen de manifiesto el proceso de mistificación descrito en el primer apartado. Narra con detalle la labor de las misiones religiosas en el apaciguamiento de los pueblos relegados a la periferia nacional y presenta, entre otros, el caso de los nukak makús. Este grupo indígena, reconocido como uno de los más antiguos de la Amazonía colombiana, arribó en 1988 a un poblado llamado Calamar, en el departamento del Guaviare, y fue objeto de una amplia cobertura mediática que lo caracterizó como un “misterio antropológico” (2011, 242) e inmortalizó su imagen como paradigma de salvajismo y alteridad.

Este encuentro, así como la incursión de comunas *hippies* en la Sierra Nevada de Santa Marta, durante los años setenta, son la expresión de las formas de romantización e infantilización de las comunidades indígenas y los territorios desconocidos y “salvajes”. Además, responden a una dinámica de colonización física y simbólica que se despliega para justificar la dominación de las comunidades geográficamente aisladas, así como la explotación de las zonas de difícil acceso, y legitima la intervención de los proyectos estatales con políticas de progreso y desarrollo llevadas a las regiones adversas.

Es a partir de este análisis que la autora desarrolla la *política del enclave* como modelo explicativo, que describe como la implantación del capital y de sus sistemas de significado en territorios específicos, y que apela a la necesidad de establecer el orden en comunidades que se caracterizan como vulnerables por no contar con estructuras políticas claras, ni formas de organización que permitan el despliegue de sus potencialidades y garanticen su bienestar. Para lograr esto, el Estado ejerce un doble movimiento, que surge justamente de la construcción de un imaginario que exotiza los territorios geográficamente aislados, la *proyección* y la *reversión* descritas en los apartados anteriores.

Los principios que guían la intervención del Estado nacional sobre las “grandes franjas del territorio, levemente pobladas o incluso casi vacías de gente”, dirigidos a poner en marcha “el desarrollo, el transporte y, por lo tanto, la integración económica de Colombia” se han visto ocultados por la poderosa representación de los territorios salvajes como Fronteras sobre las que se busca consolidar el orden de la nación. (2011, 259)

Con este propósito se desancla a las comunidades de sus realidades inmediatas y se las convierte en *contextos* fabricados por el Estado, con límites geográficos,

estándares de bienestar y estructuras de funcionamiento definidas desde el centro. Se ejerce una “dominación autoritaria” (2011, 261), justificada en la legítima intervención del centro para la consecución del orden y el progreso. Simultáneamente, ocurre un “acto de redención” (2011, 261) que se doblega a los grupos sociales, forzándolos, simbólica e incluso concretamente, a ofrendar sus recursos por cuenta de una supuesta deuda adquirida con el Estado.

La imaginación geopolítica del territorio que sustenta esta doble coerción es la base de un sistema de apropiación y de administración que se resume en la política del enclave: la forma de intervención que ha sido privilegiada para integrar los territorios salvajes a la nación, y con el mismo gesto, al mercado global. El enclave sintetiza las políticas de explotación y de pacificación que han caracterizado históricamente la intervención metropolitana en las regiones de “frontera”. (2011, 261)

Es aquí donde nos encontramos la trampa del desarrollo, que consiste en la articulación entre el proyecto de construcción de centros-periferias y las lógicas globales de acumulación de capital introducidas en los márgenes nacionales, a través del discurso de la seguridad y la integración. Uno de los elementos más perversos de esta operación, revela la autora, es la participación del Estado en la construcción del par opuesto legalidad-ilegalidad, entre muchas otras dicotomías, y, al mismo tiempo, la disolución de las fronteras entre una y otra categoría, muchas veces por medio del ejercicio de la violencia “legítima”.

Como vemos, la propuesta analítica de Margarita Serje, sobre la relación entre Estado, nación y territorio, es una invitación a reconsiderar de manera crítica el papel del Estado-nación como discurso colonizador que opera a través de la construcción arbitraria de regiones, fronteras y contextos que, a su vez, separan el país en centros y periferias, civilizados y salvajes, controlados e insubordinados, para justificar la intervención. Asimismo, es un llamado a sospechar de la conformación de los *contextos* como una forma de ejercer el poder desde el centro, a partir de romantizar y exotizar las zonas aisladas del país que, al mismo tiempo, son narradas como escenarios de violencia y desorganización, con el objetivo de legitimar la intervención y el control de sus recursos.

Este enfoque no solo resulta de utilidad para analizar el contexto nacional sino también los escenarios locales, por ejemplo, la conformación de centros y periferias en las ciudades colombianas, caracterizadas por un ejercicio similar de *proyección y reversión*. La dominación autoritaria y el acto de redención son herramientas conceptuales de mucha utilidad para entender, entre otras cosas, la configuración actual de los márgenes urbanos, espacios de recepción de migrantes provenientes de “territorios salvajes”, en los que se han instaurado nuevas zonas de alteridad que desafían la capacidad de las instituciones del Estado y que, una vez más, se convierten en objeto de vulneración y explotación.

Del mismo modo, la continuidad simbólica, planteada por la autora, entre territorios desconocidos, naturaleza indomable, sociedades salvajes, violencia constitutiva, necesidad de dominación desde el centro y explotación de recursos podría ser útil como marco de análisis del conflicto armado en Colombia. Lo anterior podría ejemplificarse muy bien con lo ocurrido en 2016, con el plebiscito por la paz, llevado a cabo tras la conclusión de las negociaciones entre el Gobierno y el grupo guerrillero denominado Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), con el que se convocó al país a refrendar los acuerdos de paz. Este episodio, en el que los resultados mayoritarios dijeron “no” a la pregunta ¿Apoya usted el acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera?, no solo materializó la relación entre el centro y la periferia en el territorio colombiano, sino que se convirtió en evidencia contundente de la jerarquización de la violencia en el país.

Así, a la luz de estos conceptos, podemos abordar fenómenos que van desde la *gentrificación* en contextos urbanos hasta la explotación de la identidad cultural de grupos étnicos y territorios ancestrales. En este libro, el marco interpretativo propuesto por Serje no es solo vigente sino relevante para el análisis de las realidades contemporáneas de lo que algunos se aventuran a llamar la nación colombiana. Los conceptos de *proyección* y *reversión*, así como la *política del enclave*, nos pueden ayudar a comprender una sociedad que se ha configurado a partir de la fabricación de pares de oposición, arbitrariamente impuestos, dando lugar a la instalación de centros económicos, étnicos y políticos perpetuos, y al sometimiento de periferias estigmatizadas y explotadas.